

very few from secondary literature. This seems to me an interesting way to introduce beginners to Wittgenstein's philosophy, and undoubtedly it is a valuable preparation for the first reading of any of Wittgenstein's books.

Tejedor's book is a very useful introduction to the philosophy of Wittgenstein: basic concepts of his works are explained in a simple manner, and central hypotheses are analyzed in a way that allows first-year students to follow the ideas behind them. The individual summaries of the sections, chapters, and of the two main parts of the book make it easier to get an overview of the book's content and Wittgenstein's claims. This will be very helpful for beginners, even if it may be a bit too much for experts in Wittgenstein. Nonetheless, it seems to me that certain parts of the book might be a support for people who are already familiar with Wittgenstein's ideas. Since the aim of the book is to give an introduction into the philosophy of Wittgenstein, it cannot be seen as a shortcoming.

A small deficiency is that the book takes little account of Wittgenstein's philosophical roots and the influence his theories had on the development of 20<sup>th</sup> century philosophy. "[T]he book introduces the major thinkers whose work proved influential in the development of Wittgenstein's thought, including Frege, Russell and Schopenhauer", is written on the blurb of the book, but this is at best true for Schopenhauer's influence and partially for Russell's, whereas Frege's name cannot even be found in the index. In the *Introduction*, Tejedor claims there is "[...] no doubt that Wittgenstein's contribution to philosophy is extraordinary", but unfortunately the impact his ideas had on the philosophy of recent decades are not considered in the book. Of course, it would too much to ask from the book to present an analysis of the full extent of the influence Wittgenstein's ideas had on his followers and opponents, but the book awakens such expectations in some of its parts. Nevertheless, despite these minor flaws, *Starting with Wittgenstein* has fully achieved its goal and is very well suited to acquaint those who are interested in Wittgenstein's philosophy with the basic ideas of his two major writings.

*Manuel Lechthaler*  
*Department of Philosophy*  
*University of Otago*  
*117 Union St East, Dunedin 9054, New Zealand*  
*E-mail: m.lech85@gmx.net*

*Física social*, de AUGUSTE COMTE , ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DE JUAN R. GOBERNA FALQUE, MADRID, EDICIONES AKAL, 2012, 1295 pp.

Podría parecer paradójico reseñar como novedad la publicación de un autor clásico fallecido en 1857. En este caso, sin embargo, la traducción al

castellano por primera vez de las lecciones del *Cours de philosophie positive* dedicadas a la física social (lecciones 46ª a 57ª) de Auguste Comte podría ser considerada como una novedad radical, como una novedad tanto en el aspecto editorial como en el aspecto académico. Así como otro de los grandes creadores de la sociología, Herbert Spencer, fue ampliamente traducido al castellano a finales del siglo XIX y comienzos del XX por autores que en su momento habían estado relacionados con el krausismo, y que se movieron en marcos institucionales como el Ateneo de Madrid y en ambientes políticos de tradición socialista, por el contrario hasta el momento presente apenas se había traducido del creador del término *sociología*, más allá del célebre *Discurso sobre el espíritu positivo* [trad. de J. Marías, Madrid, Revista de Occidente, 1934] o algunos de sus pequeños tratados, como el *Catecismo positivista* [edición de A. Bilbao, Madrid, Editora Nacional, 1982].

En el ámbito de los estudios sociológicos, antropológicos e incluso históricos, existe una clara tendencia a romper las amarras con el pasado. Cada vez se recomienda más no leer ningún libro que tenga más que unos pocos años de antigüedad, y se considera que la búsqueda de las fuentes, de las raíces y de los orígenes de la mayor parte de las ideas que configuran el presente no tiene prácticamente sentido. Casi todos los conceptos de la sociología, la economía y la historia se consideran como hechos indiscutibles y se cree que no fueron creados por nadie en ningún momento concreto. Gracias a ello se puede repetir hasta la saciedad el mismo discurso sin riesgo alguno de que nadie sea ya acusado de imitador o plagiarlo. No deja de ser curioso que A. Comte, el alumno díscolo de la *École Polytechnique* de París que iba para ingeniero militar y se hizo filósofo, que desarrolló un discurso radical contra la metafísica, que encumbró a la ciencia como la única forma de saber posible, que quiso hacer de la política una ciencia, y que reivindicó el gobierno de los técnicos y los expertos, sea en la actualidad un autor prácticamente desconocido.

Muchos filósofos académicos y sociólogos anglosajones, por ejemplo, conocen más a Comte por el libro de J. Stuart Mill *Auguste Comte and Positivism* [Londres, 1865] que por la lectura de su obra, tampoco traducida en su totalidad al inglés. Y no deja de ser curioso que el autor que, continuando la tradición de la filosofía de la historia de la Ilustración, pretendió constituir a la historia en ciencia basada en el estudio de las leyes que rigen su desarrollo, siga todavía estando relegado al olvido.

Sin Comte es imposible entender la obra de Émile Durkheim, el primer profesor de sociología en Francia. Y sin Durkheim y su discípulo Marcel Mauss, sería absolutamente ininteligible la antropología francesa y la propia obra de Claude Lévi-Strauss. La obsesión de Lévi-Strauss por la negación de la historia como ciencia de los hechos contingentes, su pasión por la búsqueda de grandes regularidades en las estructuras de parentesco, en el rito y en el mito no son más que parte del legítimo legado de la tradición francesa que

nace con la obra de Comte. El mismo Lévi-Strauss lo reconoce cuando señala su profunda deuda con el pensamiento de Marcel Mauss.

Y es que Comte se esforzó, además de por buscar la ley general que regiría el desarrollo de la historia universal (la ley de los tres estadios), por destacar siempre cómo las formas de pensamiento y las formas de organización social mantienen entre sí una relación biunívoca, como posteriormente pondría de manifiesto Émile Durkheim en su obra maestra *Las formas elementales de la vida religiosa* [Madrid, Akal, 1982, original, 1912]. En la obra de Comte queda claramente de manifiesto cómo la organización social, la organización política y el mundo de las ideas no son más que los tres vértices de una misma estructura, y cómo la humanidad —único sujeto de la historia— ha ido evolucionando a lo largo del tiempo y a nivel global desde el animismo hasta el espíritu positivo, pasando por las fases religiosa y metafísica. En contra de lo que pudiera parecer, y a pesar de la clarísima involución política que sufrió en su vida, involución muy bien analizada por Juan Goberna, Comte nunca fue un pensador dogmático. Insiste constantemente en las lecciones del *Cours* en que las fases anteriores de la historia siguen presentes en los momentos posteriores, tanto a nivel individual como a nivel colectivo. El triunfo del espíritu positivo y de la ciencia no puede acabar ni con el espíritu metafísico ni con el espíritu religioso en ningún país del mundo, y dentro de cada individuo las formas de pensamiento animistas, mágicas y religiosas continúan siempre presentes a lo largo de toda su vida. La idea tan querida de Sigmund Freud y expuesta en *Tótem y Tabú* de que la ontogenia reproduce la filogenia, conocida con el nombre de ley de Haeckel, está claramente presente en el curso, un curso que Freud tampoco conoció por no haber sido traducido al alemán.

La publicación del texto completo de las lecciones del *Cours* que se refieren a la física social (publicadas entre 1839 y 1842 formando parte de los tomos IV, V y VI de la obra) constituye un hecho digno de reseña. En primer lugar por la dificultad de la propia labor de su traducción. Quienes hemos leído la totalidad del *Cours*, cuyo primeros tomos, que resumen el estado de todas las ciencias en la primera mitad del siglo XIX, solo pueden ser digeridos por apasionados de la historia de la ciencia, conocemos la interminable longitud de sus párrafos y somos conscientes de lo difícil que es verterlos a un castellano atractivo, tal y como ha hecho Juan Goberna. Por esta razón es muy necesario el amplísimo estudio preliminar de la obra de Comte que nos ofrece el editor y traductor, un estudio de 138 páginas con una extensa bibliografía, en el cual podemos ver cuál es el balance actual de los estudios comteanos.

Comte, que consideró que la física social, —con su única ley, equiparable a la ley de la gravedad en el mundo de la mecánica y la astronomía—, habría de ser la nueva reina de todas las ciencias, debido a la complejidad de los fenómenos que tiene que estudiar, todavía puede seguir siendo nuestro maestro. Y es que en un mundo en el que ha desaparecido el espíritu crítico,

en el que la ciencia se ha convertido en un dogma y las comunidades científicas en auténticas iglesias; en un mundo en el que la tecnología se presenta como el único patrón que ha de regular la economía y las relaciones sociales, y en el cual parece creerse que los fenómenos superiores solo se pueden explicar a través de los inferiores (como cuando algún que otro físico teórico más o menos conocido pretende explicar la libertad humana partiendo de determinadas propiedades de las partículas elementales), es precisamente en este mundo donde la obra de este modesto profesor de geometría, que supo construir un imponente edificio que sintetizó todo el saber europeo de la primera mitad del siglo XIX, continúa siendo un monumento de valor perenne, gracias al cual, además, deberíamos aprender que la principal función del científico ha de ser el respeto por los diferentes tipos de conocimiento. Todo científico debería cultivar la modestia, y ser plenamente consciente de que en su cabeza, a pesar de todo, todavía sigue anidando el espíritu del animismo con el que la humanidad comenzó su historia sobre la tierra.

*Mar Llinares García*

*Departamento de Historia I*

*Universidade de Santiago de Compostela*

*Praza da Universidade, nº 1, 15782 Santiago de Compostela*

*E-mail: mar.llinares@usc.es*